

**ESCRITURA Y UNIVERSO
EXISTENCIAL. UNA
APROXIMACIÓN A LA
PROSA DE HILDA ZUDÁN**

No se debe elegir el tema de una novela o de un drama: es el tema quien lo elige a uno. No se debe escribir si un tema no acosa, persigue y presiona, a veces durante años, desde las más misteriosas regiones del ser.

[Ernesto Sábato, «Temas», en *Heterodoxia* (1953)]

Debo confesar que Hilda Zudán me acosa, me persigue y me presiona desde hace ya algún tiempo. Nuestro encuentro fue fortuito, acaso no fue más que el fruto de ese «azar concurrente» del que hablaba José Lezama Lima, pero desde el mismo instante en que Victoriano Santana Sanjurjo me habló de ella y me instó, tal vez sin quererlo, a «descubrir» a esta mujer que nació con el siglo en la ciudad de Telde, Hilda Zudán -Mireya Suárez López- se convirtió en mi acompañante fiel. Es por ello que creo, como ya apuntara Ernesto Sábato, que casi siempre es el tema, en este caso el «personaje», quien lo elige a uno.¹

Pero Hilda Zudán sigue siendo para mí, aún hoy, un enigma, una ecuación que no he logrado descifrar. Todas las pesquisas, indagaciones y averiguaciones que hemos hecho para ir tras su pista todavía no han dado el resultado

1 SÁBATO, Ernesto, «Temas» -*Heterodoxia*-, en *Uno y el Universo y otros ensayos*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1994, pág. 296.

previsto. Por tanto, las páginas que a continuación presentaremos deben entenderse tan sólo como una aproximación a esta escritora, a la espera de que el tiempo y el espacio nos revelen el misterio que la envuelve.

No obstante, y empezando por el final, hemos tratado de seguir sus huellas por donde, al decir de algunos, se difumina su sombra.² Crucé el «charco» y estando en Buenos Aires recorrí aquellos lugares donde mi intuición me dictaba que podía hallar a Mireya Suárez López. Tan sólo encontré su estela en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, donde se guarda un ejemplar de su ensayo *La novela picaresca y el pícaro en la literatura española*, publicado en Madrid, 1926. Resulta al menos sorprendente que esta obra, concebida como memoria de licenciatura, haya ido a parar al otro lado del océano, sobre todo si tenemos en cuenta que la edición fue muy limitada -250 ejemplares- y que se distribuyó entre amistades y profesores de la autora. Pero, además, existen otras circunstancias posteriores que, no teniendo nada que ver directamente ni con el contenido del libro, ni con la misma escritora, han imposibilitado el fácil acceso a este estudio, tal y como advierte Antonio M^a González Padrón:

«Hoy en día son raros los ejemplares que quedan en óptimo estado, sobre todo porque al concluir la Guerra Civil muchos se desprendieron del mismo por

2 Según Antonio M^a González Padrón, alrededor de 1945-1946, Mireya Suárez López embarcó, desde el puerto de Barcelona, en un buque de bandera italiana que la llevó a Montevideo y Buenos Aires. Vid. GONZÁLEZ PADRÓN, Antonio M^a, «Biografía incompleta», en *Antología literaria de Hilda Zudán*, M. I. Ayuntamiento de Telde, Gran Canaria, 1999, pág. 21.

creer que podía estar en el índice de los libros prohibidos, cuestión errónea como hemos comprobado al cotejar documentación de la época»³.

Lo que acaso nos revela este hecho es que tal vez Mireya Suárez López anduvo por Argentina, concretamente por Buenos Aires, aun cuando no podamos precisar ni cuándo, ni dónde, pues, como señalábamos anteriormente, la pista se nos pierde enredada en vericuetos casi siempre burocráticos.⁴ Será cuestión de esperar.

Pero si algo nos llamó la atención de esta investigación filológica sobre la picaresca y el pícaro es la especial querencia que nuestra escritora siente por su isla, a quien además ofrece su obra: «A mi querida tierra 'Gran Canaria'». Junto a este reconocimiento figura también la siguiente dedicatoria «A los más grandes afectos de mi vida: A mi padre y a la memoria de mi madre, dedico este ensayo, con todo el cariño». Será en el prólogo donde Mireya Suárez, pues de esta manera firma el trabajo, deja constancia del amor a su ciudad y a sus paisanos:

«Hoy ofrezco este pequeño fruto de mi trabajo a mis padres y paisanos: pensando en ellos lo he escrito.

[...]

Debido al apoyo económico de la Comunidad de Regantes de la Vega Mayor de TELDE y a unos

3 GONZÁLEZ PADRÓN, Antonio M^a, «Biografía incompleta», en *op. cit.*, pág. 16.

4 Actualmente estamos a la espera de recibir información solicitada a la Dirección General de Emigraciones, a la Oficina de Cultura, Instituto de Cooperación Iberoamericano y Consulado General de España en Buenos Aires.

buenos amigos ¡tan pocos!, va a ver la luz. A ellos, a los que han laborado por la publicación, mi gratitud.

Con justicia o sin ella quiero que vaya dedicada la obra a mi tierra, a mi pueblo, y unido a ésta vaya mi cariñoso reconocimiento a los pocos paisanos que han satisfecho mis deseos.

A Gran Canaria, vista en la distancia, más bella, siempre más querida; Telde, mi pueblo, de tantos recuerdos en mi vida. A mis paisanos, los pocos que han ayudado la dura labor de mi libro; a mi padre, el más grande cariño que la vida me ha dejado; a mi madre muerta... pensando en todos he tenido valor para escribirlo. A ellos lo dedico».

Madrid, febrero 1926⁵

Reconstruir la vida y obra de Hilda Zudán es, por tanto, tarea ardua y difícil. No aparece ni siquiera citada en las historias o manuales de literatura canaria, tan sólo se la menciona cuando se hace referencia a la «segunda promoción» de poetas teldenses, encabezada por Fernando González y Luis Báez. De ella se nos dice que participó activamente en las veladas artísticas de esta ciudad junto a Montiano Placeres, que no publicó libro alguno y que acabada la Guerra Civil, desaparece para siempre de Canarias.⁶ Tan sólo debemos a Antonio M^a González Padrón la transcripción de los artículos periodísticos de Hilda Zudán -«tras una ardua labor de hemeroteca»- y una «biografía incompleta» que, sin embargo, tiene el acierto de ofrecer-

5 SUÁREZ, Mireya, *La novela picaresca y el pícaro en la literatura española*, Imprenta Latina, Madrid, 1926, págs. 9-14.

6 *Vid.* RODRÍGUEZ PÉREZ, Osvaldo, «Telde y su aporte poético a la literatura de Canarias», Concejalía de Cultura, M. I. Ayuntamiento de Telde, Gran Canaria, 2001, pág. 24.

nos y facilitarnos algunas piezas de este puzzle vital y literario que es Mireya Suárez López.⁷

Por todo ello, hemos creído oportuno «jugar» con la imagen especular: «Hilda Zudán a través del espejo». En parte, parafraseando a Lewis Carroll, quien al «proyectarnos» la imagen de Alicia nos ofrece un mundo de ambigüedades y polivalencias donde realidad y ficción se confunden.⁸ Pero, sobre todo, nos interesa recrear ese símil entre universo existencial y escritura en el que la Vida es el espejo y el Arte la realidad, como magistralmente señalara Oscar Wilde: «La meta consciente de la Vida es hallar expresión, y el Arte le ofrece ciertas formas hermosas a través de las cuales puede hacer realidad esa energía».⁹

Desde esta perspectiva encaramos pues la prosa de Hilda Zudán. No se nos escapa el hecho de que la literatura requiere de estrategias y propone metáforas que no siempre son «veraces», es decir, producidas desde la experiencia, pero creemos que acceder a la escritura de esta autora es también una forma de llegar a su universo existencial, entendiendo por este último, como sostiene Myrna Solotorevsky, «el mundo que se abre, revela o desoculta en el texto, como modo de ser-en-el-mundo»¹⁰. No caeremos

7 GONZÁLEZ PADRÓN, Antonio M^a, «Palabras previas» y «Biografía incompleta», en *Antología literaria de Hilda Zudán*, op. cit., págs. 11-21.

8 Vid. CARROLL, Lewis, *Alicia en el país de las maravillas* (1865) y *Alicia a través del espejo* (1871).

9 WILDE, Oscar, *La decadencia de la mentira*, Ediciones Siruela (Biblioteca de Ensayo), Madrid, 2000, pág. 82. Traducción de María Luisa Balseiro.

10 SOLOTOREVSKY, Myrna, «Consideraciones teóricas», en *La relación Mundo-Escritura*, Ediciones Hispamérica, Gaithersburg, U.S.A., 1993, pág. 15.

en la tentación de recurrir a la vida de Hilda Zudán para explicar su obra, lo que, por otro lado, nos resulta imposible, sino que será su realidad creativa, su imaginación, su invención lírica la que nos desvelará esa otra cara oculta.¹¹ Lo cual no implica que no podamos establecer relaciones entre una y otra, lo haremos cuando resulte pertinente.

Puesto que desconocemos la existencia de una obra poética de Hilda Zudán, aun cuando en alguna ocasión se ha hecho referencia a un manuscrito o «libreta de versos» de esta autora,¹² nos limitaremos en esta «aproximación» a abordar la prosa que publicó en la prensa local. Es por este motivo, por el que hemos optado por calificar esta producción como «crónica literaria», ya que con ello queremos hacer no sólo referencia al sentido etimológico del término -exposición cronológica de hechos, *khronos* 'tiempo'¹³- sino

11 Creemos conveniente hacer hincapié en el riesgo que se corre al creer que la creación estética es mera reproducción de lo real, o lo que es lo mismo, que lo vital y lo estético son una y la misma cosa. De ahí que la crítica, sobre todo cuando se refiere a la producción literaria de mujeres, tienda a distinguir entre mito vital y mito estético, como le ha ocurrido, entre otras muchas, a la poeta postmodernista Delmira Agustini. Vid. a propósito nuestro estudio, «Mito vital y mito estético en Delmira Agustini (O cuando la realidad se desdice a sí misma)», en *Revista Philologica Canariensis*, nº 4-5, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas, 1998-1999, págs. 197-210.

12 Según Antonio M^a González Padrón existió una «libreta de versos» que un buen día Hilda dejara a una prima de Agüimes. Además señala que de ella se ha dicho, sin precisar quién ni cuándo, «que fue una notable creadora de composiciones poéticas». Vid. GONZÁLEZ PADRÓN, Antonio M^a, «Palabras previas», en *op. cit.*, págs. 11-12.

13 Crónica, h. 1275. Tom. del lat. *chronica, -orum*, 'libros de cronología', 'crónicas', plural neutro del adjetivo *chronicus* 'cronológico', que se tomó del gr. *khronikós*, deriv. de *khronos* 'tiempo'. *Cronista*, princ. S. XV. Vid. COROMINAS, Joan, *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Ed. Gredos, Madrid, 1983 (Tercera edición muy revisada y mejorada), pág. 179.

también a una nueva escritura que bajo esta denominación comenzó a fraguarse en la prensa, a fines del siglo XIX, y se constituyó en el género más definitorio y característico de la prosa modernista. Aun cuando somos conscientes de que estos textos de Hilda Zudán no poseen el valor de actualidad o «referencialidad» de los grandes cronistas de la época, creemos que el hecho de que la escritora acentúe el subjetivismo de la mirada, y a través de esto podamos conocer al particular y específico sujeto literario que ha producido los textos, le confiere un valor en sí mismo. No se trata, por tanto, de unas crónicas meramente informativas, más bien estamos ante comentarios breves, «impresiones», cuya función primordial es la de interiorizar o literaturizar la realidad, ya que nuestra autora aprovecha para interrogar a lo inmediato, preguntarse a sí misma y hurgar en su conciencia.

La crónica en/de Hilda Zudán se nos presenta como un género híbrido que escapa a cualquier definición unívoca. Este mismo carácter de hibridez es lo que posibilitará que esta «cronista» muestre su subjetividad, su estilo personal y una mayor variedad temática. Subjetividad y lirismo que gravita siempre en la escritura, ya que el hecho narrado se presenta como una experiencia personalmente vivida o sentida. Este poder evocador y sugerente de Hilda Zudán es lo que, sin lugar a dudas, vivifica la materia narrativa y nos devuelve un discurso íntimo, a medio camino entre la poesía y la prosa.

Utilizaremos para este trabajo los textos en prosa que Hilda Zudán dio a conocer en la prensa local, particular-

mente en *El Defensor de Canarias*, entre el 16 de febrero de 1921 y el 9 de agosto de 1923, si nos atenemos a la fecha de publicación de sus escritos, ya que no en todos ellos figura la datación exacta de la escritura.¹⁴ No queremos aquí aventurar el por qué esta escritora elige precisamente estas páginas para sacar a la luz sus creaciones, teniendo en cuenta que se trata de un órgano afín a la Iglesia Católica, tal vez fuera éste el único lugar que le posibilitara un espacio para «ensayar» sus actitudes estéticas, o bien, como apunta Antonio M^a González Padrón, quizá fueron las simpatías personales del Canónigo D. José Azofra del Campo lo que la empujó a entregar a este medio sus composiciones en prosa.¹⁵ En cualquier caso, ella misma se reconoce como «cristiana práctica», y sobre todo «consciente», que practica por convicción, no por costumbre y rutina sus creencias,¹⁶ aunque en verdad esta declaración de fe figura en una carta abierta que dirige al director de *El Defensor de Canarias* para «defenderse» de una lectora «airada» -M^a Luisa Fiol, Vda. de Suárez- que igualmente había enviado otra misiva al mismo señor, en la que se quejaba del contenido de un texto escrito por Hilda Zudán: «El hombre prehistórico».¹⁷ Esta lectora manifestaba su disconformi-

14 Las fechas que se consignan en los textos van desde el 30 de agosto de 1921 hasta abril de 1923. Por lo general se aprecia un distanciamiento de uno a varios meses entre la datación de la escritura y la de publicación.

15 GONZÁLEZ PADRÓN, Antonio M^a, «Biografía incompleta», en *Op. cit.*, pág. 20.

16 ZUDÁN, Hilda, «Carta abierta. Sr. Director de *El Defensor de Canarias*», en *Antología literaria de Hilda Zudán, op. cit.*, pág. 83. En este trabajo citaremos siempre la prosa de Hilda Zudán por esta edición, sin corregir los errores tipográficos que en ella se muestran.

17 ZUDÁN, Hilda, «El hombre prehistórico», en *ibidem*, págs. 77-79.

dad con la imagen del hombre primitivo que ofrecía nuestra autora y, además, «argumentaba» lo siguiente:

«D(i)ce Moisés en el ‘Génesis’

‘Y dijo: Hagamos al hombre a ‘nuestra imagen y semejanza’ [...]

Porque Señor director yó no puedo creer que la imagen de Dios, fueron los machangos tan pintorescamente descritos en el artículo a que me vengo refiriendo. Por lo Santo, a mi corto entender esos sabios mienten o están equivocados: que Moisés dice verdad, y no lo puedo dudar, pues lo abona el mismo Cristo, nuestro señor con aquellas palabras:

‘Si creéis en Moisés, deberéis creer en mi, porque yo soy aquel de quien Moisés escribió’. ¡Qué mejor testimonio!»¹⁸

Sin embargo, aun cuando la carta de Hilda Zudán podría entenderse como una «simulación» -para reafirmarse en su lugar de trabajo y contentar la mano del que la publica- en ella se evidencia una crítica mordaz hacia la lectora «airada», lo que, por otro lado, no resulta frecuente en esta escritora. Reproducimos parte del texto por lo significativo:

«Ante todo hay que tener presente que el que se escriba un artículo, como el que nos ocupa ‘El hombre prehistórico’ no implica convicción en el que lo escribe y no puede tachársele de tal mientras no vaya unida a la teoría ‘su opinión’.

Comprendo perfectamente que a almas frágiles, a espíritus pequeños, las opiniones de ‘otros’ puedan hacer mella; pero las almas viriles y enérgicas

18 FIOL, VDA. DE SUÁREZ, M^a Luisa, «Carta abierta. Sr. Director del “Defensor de Canarias”», en *ibidem*, págs. 80-81.

aunque lean, oigan opiniones contrarias no se doblegan ante ellas 'que no se muda de opiniones tan fácilmente'.¹⁹

No obstante, existen algunas crónicas, sobre todo aquellas referidas al papel que debe desempeñar la mujer en el hogar, donde Hilda Zudán hace gala de un sentimiento religioso que por momentos recuerda el consabido lema de «Dios, Patria y Justicia». En este sentido, pareciera que existe una aparente contradicción entre esta escritora defensora del hogar, de la «recta moral», y aquella otra que se nos dice fue Mireya Suárez López:

«Si queremos paz, dicha relativa, creémosla ¿Cómo? Formando hogares. La familia ordenada es la sociedad pacífica y progresiva, es la Patria rehecha. El desorden del hogar trae como inmediata consecuencia la podredumbre de la sociedad. Y peor es aun cuando el desorden es ocasionado por ausencia de la virtud y preponderancia del vicio. Así, y sólo así se concibe el hogar como la antesala de los ambientes infernales. El hogar sin religión, el hogar inmoral no es hogar. Es sí, una escuela obligada, de vicios, de vetas, de miserias sociales».²⁰

Y en otro artículo de igual índole, donde además se expresa casi exactamente con las mismas palabras, arremete contra los males de la sociedad moderna, especialmente censura lo que en la época comienzan a considerarse medios masivos de difusión y entretenimiento:

19 ZUDÁN, Hilda, «Carta abierta. Sr. Director de *El Defensor de Canarias*», en *ibidem*, pág. 82.

20 ZUDÁN, Hilda, «El hogar», en *ibidem*, págs. 125-126.

«Y tendremos presente que el periódico impío, la revista pornográfica, el cine, el teatro, propagadores de las pasiones más inmundas han llegado a sembrar de lágrimas el hogar, se han conjurado contra él para deshacerlo, para echar por tierra sus más santos y sanos principios.

¡Mujeres!; mis compañeras, lancemos lejos de nosotras esos prejuicios de clases, de sociedad, de ambiente, y reorgani(ce)mos la familia. Cumplamos nuestro más sano deber».²¹

Pero hablabamos antes de «aparente contradicción» entre universo existencial y escritura, entre Mireya Suárez López e Hilda Zudán, porque si no cabría preguntarse dónde empieza lo uno/la una y acaba lo otro/la otra. Y aunque esto pudiera pertenecer más a la esfera del psicoanálisis o a las disquisiciones filosóficas u ontológicas, a los datos me remito una vez más. Cuando Hilda Zudán escribe estos textos tiene apenas veinte años y, además, se encuentra estudiando la carrera univesitaria de Filosofía y Letras, primero en Granada y luego en Madrid.²² Resulta, por tanto y para su tiempo, una mujer independiente. Asiste a tertulias, visita museos y academias y, como señala Antonio M^a González Padrón en su biografía de Hilda Zudán, «conoció el gusto por la bohemia y se adaptó a vivir su libertad individual más allá de los límites que la

21 ZUDÁN, Hilda, «Defendamos el hogar», en *ibidem*, pág. 88.

22 Según los datos ofrecidos por Antonio M^a González Padrón, Mireya Suárez López nació en 1901. Entre 1919-1920 comienza su carrera universitaria, primero en Granada y más tarde en Madrid, donde logra la licenciatura con excelentes notas. Vid. GONZÁLEZ PADRÓN, Antonio M^a, «Biografía incompleta», en *op. cit.*, págs. 13-15. Los textos a los que hacemos referencia se publican entre 1922-1923: «Defendamos el hogar» está escrito en abril de 1922, en Telde, y se da a conocer el 11 de mayo de ese mismo año. «El hogar» aparece sin fechar, pero se publica el 2 de febrero de 1923. Vid. págs. 88 y 127.

sociedad de la época había impuesto a la mujer». Posteriormente, a su vuelta a la isla, después de haber visto en directo a Josephine Baker, de animar a sus amistades con cuplés de la Bella Chelito o de la Meyer, cayó en desgracia social. Si había participado activamente en la vida socio-cultural de Telde, divulgando y propagando la literatura, en particular, y las demás artes, en general, al parecer esto no le valió de nada, pues se comenzó «a tejer en torno a ella una tupida tela de calumnias y rumores». A partir de 1936, «unos y otros hicieron causa común en el desprestigio social de una mujer que nació libre y quería permanecer libre de ataduras orgánicas».²³ Y su estela se nos pierde allende los mares. Nada sabemos entonces de Mireya, nada nos queda, salvo estas crónicas, de la obra de Hilda Zudán: misterios por conocer, enigmas por descifrar.

Lo que sí podemos extraer de estos escritos es la riqueza de conocimientos y el extenso bagaje intelectual que poseía. No sólo lo comprobamos por las referencias culturales de diversa índole que figuran en sus textos, sino por las alusiones a un sinfín de personajes, escritores, poetas, eruditos, políticos, historiadores, geógrafos, filósofos... de diversas nacionalidades y épocas. Desde José Santos Chocano, a San Juan de la Cruz, Tomás Morales, Zorrilla, Dante, Estrabón, Licurgo, Schopenhauer, Fenelón, Marcelino Menéndez y Pelayo... Sin olvidar las menciones explí-

23 Respecto a los datos biográficos de Mireya Suárez López hemos reproducido en parte la semblanza que hace Antonio M^a González Padrón, pues, como advertíamos al comienzo, nuestra investigación no ha hecho más que empezar y ofrece más interrogantes que certezas. *Vid.* GONZÁLEZ PADRÓN, Antonio M^a, «Biografía incompleta», *op. cit.*, págs. 13-21.

citas a amigos o conocidos: Lolita Schaman, Lorenzo Betancor -René-, José Romero Alvarado, Srta. Pino Melián, Srtas. Domínguez de Santana, Sra. doña Carolina Romero, Srta. Isabel Domínguez, D. Enrique Baez y Ruiz, Srta. de Melián Rodríguez... De lo universal a lo particular y viceversa.

Esto parece concordar con la imagen de mujer «cult», a la que aludíamos anteriormente, que participa y colabora en actividades socio-culturales, tanto dentro como fuera de su isla. Pero, sobre todo, si algo demuestra esto es el afán de saber que la (con)mueve. En más de una ocasión será la propia Hilda Zudán la que directamente nos hable de su pasión por el mundo de los libros:

«En la lectura, en esa íntima unión con el pasado, es donde se halla ese consuelo que las personas que nos rodean no pueden darnos; esa resignación que no conseguimos militando con nuestros amigos materiales: nada hay como el libro ¡cuántas lágrimas nos ha ahorrado! Nunca cambiaría mi inextinguible amor a los libros, a las sanas lecturas aunque se me ofreciese una Babilonia; jamás cambiaría mi profunda e íntima afección a las letras por todo el oro, por todas las riquezas del mundo. En la placidez de las horas el libro nos acompaña, lo mismo que en aquellas tristes horas del desengaño, de la desilusión, del martirio...

[...] un libro de los que nos ponen en comunicación con el viajero, con el ausente, con el que fué y hoy reposa bajo el mármol frío...»²⁴

24 ZUDÁN, Hilda, «Ante todo lo amado», en *ibidem*, págs. 115-116.

La lectura como escape y evasión, la escritura como terapia, acaso el espacio donde se materializa el mundo de lo onírico, los ideales, y también una forma de demostrar el afecto, transformado éste en registro discursivo. Tal es lo que podemos apreciar en el siguiente texto:

«Páginas hay que llevan a mi espíritu las rebeldías, los ajeteos de las vidas estruendosas de las gentes que viven aprisa, que gu(s)tan de anhelos inefables que consigo lleva el silencioso reposo de este lugar de mis delicias, las escribo; ellos son, ¡oh páginas!, la dulce visión de estos lugares de ensu(e)ños de vaporosas visiones en el alma concentradas... Son el vislumbre de mis sueños callados, de los que rondan mi fantasía, de los que vagan mustios y dolientes por los verdes campos, sobre las tranquilas aguas de los estanques vecinos...

Sed, líneas mías, como el suave aleteo de la ilusión [...]»²⁵.

En general, la escritura de Hilda Zudán presenta una poderosa tendencia a lo metafísico, al orbe misterioso del sueño y la ensoñación, espacio del más allá, en el que la muerte se prefigura a través de la palabra escrita. Atmósfera vital y neorromántica que, por momentos, se acerca a la conciencia modernista y finisecular. De ahí que no sea extraño encontrar, en repetidas ocasiones, breves crónicas donde las temáticas son precisamente los cementerios o Campos Santos, las tumbas, sobre todo de infantes fenecidos, la noche, el silencio, el mundo de las sombras y el sonido de las campanas..., lo que, por otro lado, nos evoca

25 ZUDÁN, Hilda, «Telde. Mi pueblo amado», en *ibidem*, págs. 112-113.

el espíritu romántico y, especialmente, el «ambiente» en el que acontecen las leyendas becquerianas.

«Cuando en la noche silenciosa, quieta, en que las lloronas ramas del sauce umbrío se acercan a la tierra besando, tal vez, la (t)umb(a) de ellos..., la tumba de los que fuer(o)n..., cuando bajo el estrellado cielo se eleva magestuoso el ciprés, el inseparable amigo de “aquellos” ..., cuando todo duerme, cuando todo calla, en la soledad sepulcral de la noche mi alma vaga mustia, doliente entre las sombras de los árboles del Campo Santo». ²⁶

Espíritu romántico que igualmente adivinamos en aquellos textos en los que el sentimiento del paisaje -sea éste el de Telde, Salinetas, Agüimes, Granada o Toledo- y el de la Patria se hacen presentes. En este último sentido, es quizá cuando presenciamos a una Hilda Zudán «inflamada» de amor por la bandera española, con la que, por otro lado, se identifica:

«Yo soy lo que vosotros quereis que sea. No soy “la bandera” sino la sombra de vuestros actos. Soy luz y sol. Oscuridad y tinieblas (.) soy lo que deseais que sea. Soy amor y odio según la sombra que vosotros proyecteis. Soy lo no conocido. Soy el misterio. Cobijo bajo mi amplio manto la honradez y la estulticia; el placer y el dolor; la nobleza y el crimen. Soy

26 ZUDÁN, Hilda, «Paz y silencio», en *ibidem*, pág. 33. No citaremos aquí todas las crónicas que tienen como motivo principal esta temática sobre el mundo de la noche, el silencio, la muerte... por ser éstas bastantes numerosas. *Vid.*, a propósito, «Angelus», «La tumba blanca», «Horas de reposo», «¡Escuchad, escuchad!», «Literaria. Silencio», «Morir es vivir», «Horas de otoño», «Literaria. Voces de misterio», «Las campanas», «Sin madre», «La imagen del dolor», «Días grises», «La tumba » y «¡Oh dolor...!», entre otras.

un autómatas. Soy el verbo. El alma del Ser, la esencia de la idea. Soy la resolución. Soy paz y lucha. Soy igualdad. Soy lágrimas y sangre. Mis colores rojo y gualda son vuestro sueño. Vivo entre vosotros, hijos míos, como alegre rayo de luz que vivifica vuestras almas».²⁷

Pero señalábamos más arriba que junto a esta atmósfera vital y (neo)romántica apreciamos también en los textos de Hilda Zudán una conciencia de hastío y desilusión que la aproxima a esa época finisecular en la que se va materializando la estética modernista y que magistralmente nos recreó Baudelaire en sus poemas del *Spleen*.²⁸ Aburrimiento, cansancio, gravoso cotidiano que, igualmente, nos ofrece, aunque esta vez desde la poesía, otro escritor teldense de la época, Saulo Torón, en *Las monedas de cobre* (1919); «¡Oh, la monotonía!» y «Las últimas palabras», por citar tan sólo dos ejemplos.²⁹ Hilda Zudán no se escapa, pues, a esta maldición de fin de siglo y así nos dice:

«Hoy tan solo me queda el recuerdo de aquel pasado tan bello, tan rosa, de mi infancia cuando todo me sonreía, cuando todo llenaba mi alma de placer y bienestar, de gozo santo a mis sueños infan-

27 ZUDÁN, Hilda, «La bandera», en *ibidem*, pág. 114. En este sentido, véase también las crónicas sobre el hogar que comentamos anteriormente: «Defendamos el hogar», págs. 85-88 y «El hogar», págs. 124-127.

28 Hacemos referencia a los cuatro poemas que con igual título - «Spleen» - Baudelaire incluyó en *Las flores del mal* (1857). Vid. BAUDELAIRE, Charles, en *Baudelaire. Poesía completa. Edición bilingüe*, Ediciones 29, Barcelona, 1997, págs. 212-219. Traducción de M.B.F.

29 TORÓN, Saulo, *El caracol encantado y otros poemas*, Viceconsejería de Cultura y Deportes, Gobierno de Canarias (Biblioteca Básica Canaria, nº 24), Islas Canarias, 1990, págs. 95 y 97-100. Edición de José Carlos Cataño.

tiles... pero estas horas tan largas y lentas, tan angustiosas y moribundas van destruyendo inclementes mis días; y las horas se suceden siempre con esa monótona igualdad que causa hastío...

El tiempo pasa y rasgando cruel el tegido de la vida, e impio atarmentador va desgarrándole y convirtiéndole en hilachas, hilos deleznable...; y cuanto dolor, cuanto sufrimiento en estas horas muertas que va destruyendo mi vida, en estas horas de incertidumbre que se complace en irme fieramente atormentando... y me persigue, me busca... más, cuando llego a su encuentro, cuando me aproximo huye burlona esa fiera y odiosa duda que se aleja dejándome inquieta, sin sosiego, llena de tristeza, dolor... y siento esa melancolía íntima que no puedo desterrar del alma, que como sierpe venenosa que me muerde y se enrosca a mi corazón y va gustando de mi martirio lento, de mi angustia, de mi padecer...

[...] Y los días sin interrupción, iguales siguen siendo lo de antes "grises... grises"». ³⁰

Será precisamente «esta monotonía del vivir cotidiano», parafraseando a Saulo Torón,³¹ lo que hará que Hilda Zudán plantee evadirse a otros lugares más relegados y despoblados, lo que en parte recuerda esa «Canción de la vida solitaria» de Fray Luis de León, y, en parte, aquella «Epístola moral a Fabio» de Andrés Fernández de Andrada.³² Sólo que en el caso de nuestra autora ese espa-

30 ZUDÁN, Hilda, «Días grises», en *ibidem*, págs. 75-76.

31 TORÓN, Saulo, «¡Oh, la monotonía!» -*Las monedas de cobre*-, en *op. cit.*, pág. 95.

32 LUIS DE LEÓN, Fray, «Canción de la vida solitaria», en *Poesía de la edad de oro. I Renacimiento*, Clásicos Castalia, Madrid, 1984, págs. 184-186. Edición de José Manuel Blecua. FERNÁNDEZ DE ANDRADA, Andrés, «Epístola moral a Fabio», en *Poesía de la edad de oro. II Barroco*, Clásicos Castalia, Madrid, 1985, págs. 151-157. Edición de José Manuel Blecua.

cio mítico lo halla «frente al mar». Cielo y mar se convierten así en sus más fieles compañeros:

«Yo quisiera haber vivido todos los años de mi existencia en un lugar apartado, sola, lejos del mundan(a)l ruido, frente al mar para dormir mis noches al arrullo de las olas, para sentir al despertar del día los besos d(e)l sol... los mensajes murmulleant(e)s de la brisa ténue y lánguida... para contemplar en las tardes primaverales el v(a)ivén de las olas, la blanquísima espuma de las aguas y no estar en contacto con las miserrimas realidades de esta vida falaz y mil veces falaz... sin llegar a ver las cosas en su descarnada y asesina realidad...

Vivir sola... viendo el Cielo y el Mar mis eternos amigos, mis dulces compañeros ¡cuantas realidades misteriosas!... ¡cuánto misterio!

[...]

Estar rodeado de silencio, lejos, lejos de la temida traición sin que se extingan en nuestros corazones las dulces luminarias... las místicas candelas, las divinas lucesillas de toda idealidad...

En la serenidad, en la tranquilidad, en las lentas horas de silencio, de soledad ¡que dulce, que santa quietud!»³³.

Si el mundo presenta falsedades, envidias y venganzas,³⁴ el universo existencial de Hilda Zudán se «purifica» contemplando el mar. Ese mar que es símbolo y esencia de tantos escritores canarios -Tomas Morales quizá sea uno de los más representativos-. Pero el mar de Hilda Zudán se acerca más a la visión marina de Saulo Torón, pues en

33 ZUDÁN, Hilda, «Quietud», en *ibidem*, pág. 41-42.

34 Véase a este propósito las crónicas de Hilda Zudán que se refieren a algunos de los pecados capitales. ZUDÁN, Hilda, «La envidia», págs. 43-44 y «La venganza», en *ibidem*, págs. 108-109.

ambos la interiorización del sentimiento o proyección del sentir lírico se concibe como una imagen especular, donde el mar es el espejo del alma. Desde esta particular imagen nos poetiza Saulo Torón: «He puesto mi alma sobre el mar, y el mar/ parece que ha ensanchado sus dominios.../ Ya no sé si es el mar lo que ahora veo,/ o si es el alma lo que, absorto, miro». ³⁵ En nuestra escritora el mar -titán, atlante- se asemeja a su espíritu contemplativo:

«Es el viejo titán..., el indómito y soberbio atlante que bajo el salterio rumoroso de sus olas hierve grave y austero con salvaje cólera.

Y bajo la placidez, sedante de un cielo estrellado se oye el sonido rumoroso de sus aguas al deslizarse, en el silencioso nocturno, unas ondas sobre otras.

Es el rebelde, el impetuoso, el imponente mar mi confidente cariñoso. Horas tras horas paso ante el tupido velo de turquesas de sus aguas contemplando la grandeza, la magestuosidad de tan sublime obra creada.

Y en esas horas cuando mí espíritu anhela llegar hasta las más recónditas e ignotas regiones de ese antro parece que sus aguas, en su eterno vaivén y musitando la manorímica canción del olvido, se agotan como mis ideas, sus olas se elevan como mi pensamiento ante tan soberbia creación y sus silencios sepulcrales tienen un no se que de ascético como mi espíritu contemplativo y extático en esas horas de silencio, de evocación de rememoración de las cosas idas, tal vez sepultadas en no se que profundidades de lo desconocido.

[...] Ese viejo titán es mi más íntimo amigo». ³⁶

35 TORÓN, Saulo, «Plenitud» -*El caracol encantado*-, en *op. cit.*, pág. 50.

36 ZUDÁN, Hilda, «Es el viejo titán...!», en *ibidem*, págs. 97-98.

Pero si algo podemos apreciar en la escritura de Hilda Zudán -acaso también en su universo existencial- es la melancolía, esa agonía evocadora y sugerente que tiñe cada uno de sus textos. Tal vez, como advierte László F. Földényi, es esa tristeza la que la hace no huir del mundo, sino intentar encontrar un rinconcito tranquilo dentro de él³⁷ y, quizá, este lugar lo halle en el acto mismo de la creación. Por ello no es de extrañar que esta autora se refiera constantemente al dolor que la embarga, pero que a la misma vez la hace trascender, traspasar los límites de la experiencia posible:

«D(é)jame sonreír... pues mientras río olvido un momento mis tristezas... déjame sonreír... no por eso dejare de llorar y sufrir; 'siempre amaré el dolor porque el dolor es ala, y el que tiene alas se remonta al cielo'.

Déjame sonreír, que la sonrisa ensancha el pecho y dando alientos a nuestras almas las predispone a recibir el influjo santo y sagrado del dolor, ese bendito crisol que purifica los corazones: la sonrisa es una lucha ¡oh, que santo es luchar!...»³⁸.

Este debatirse entre el ser y el aparentar, entre el reír y el llorar, entre el decir y el mentir, la lleva a confesar:

«Déjame sonreír... aunque a solas, oculta a profanas miradas pueda llorar; más 'ante el vulgo, déjame sonreír, mintiendo calma y mostrando placer mientras el fuego me abraza el corazón, me incendia el alma'... »³⁹.

37 FÖLDÉNYI, László F., «Los sobornables», en *Melancolía*, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1996, pág. 190.

38 ZUDÁN, Hilda, «Déjame sonreír...!», en *ibidem*, pág. 28.

39 ZUDÁN, Hilda, *ibidem*.

Desde esta conciencia de abatimiento y desolación Hilda Zudán recrea aquellos momentos, aquellas horas y espacios que mejor se avienen con su espíritu melancólico. De ahí que, como señalábamos anteriormente, sea en el silencio, en la noche y en el espacio de las sombras donde encuentre la inspiración lírica que desencadenará el acto creativo:

«Hora del 'Angelus'. 'es el momento, en que la luz se junta son las 'sombras', hora bella, sublime 'en que el sol rueda por la espesa alfombra, como un sultán caído de su asiento»⁴⁰.

Pero también es, precisamente, en estos momentos cuando se produce la ensoñación y la necesidad de evasión:

«De pié, absorta, contemplo la belleza del mar en esas horas de sol, cuando todo duerme, cuando todo calla... de vez en cuando llega hasta mi el dulce frescor del ambiente marino y siento en mi alma el goce, el bienestar que sentiría cruzando ese inmenso y azulado mar Atlante»⁴¹.

De esta manera, asistimos a una suerte de identificación entre el espacio y la escritora, entre la atmósfera silenciosa y el espíritu contemplativo de quien lo recrea:

«Y es la hora si(ente la que nos hace soñar; en esa hora hablamos con nosotros mismos, esas conversaciones interiores que van del alma al corazón y de esta a los ojos que contemplan la inmesa bóveda tachonada de estrellas mientras en nuestros oídos

40 ZUDÁN, Hilda, «Angelus», en *ibidem*, pág. 32.

41 ZUDÁN, Hilda, «Horas de reposo», en *ibidem*, pág. 38.

distinguiamos voces, cantos, lamentos, anatema y suspiros que lanzan al viento los reres creados»⁴².

Desde esta perspectiva pareciera que «cualquier tiempo pasado fue mejor»⁴³, sobre todo el de la infancia, que se percibe como lo perdido y lo añorado:

«Entonces, ante aquella tumba pequeña lloré mis años idos, mis años perdidos para siempre. Lloré mis infantiles días, aquella edad dichosa de intensas emociones y comparé aquellos años con estos, aquellos días con estos, aquellas emociones con estas, y hube de convenir que como la edad primera no hay edad. En aquellos años la vida era bella, encantadora, sin esta condenación eterna de un eterno sonreír... »⁴⁴.

Esta sensación de pérdida unida a la búsqueda incesante de algo, alguien, que no llega a materializarse enfatiza una vez más esta «maldición», esa «tristeza inaudita»⁴⁵, de quien sufre la melancolía:

«En esta hora que todo duerme en tono mío, en esta hora de silencio alguien invisible y silencioso me acompaña, está cerca de mí..., alguien a quien busco, a quien llamo, por quien mis labios suspiran y por quien mis ojos lloran a cada instante para sentir una desilusión, un desencanto al comprender la realidad y la importancia del pasado para retornar y llenar

42 ZUDÁN, Hilda, «¡Escuchad, escuchad!», en *ibidem*, pág. 39.

43 MANRIQUE, Jorge, «Coplas de don Jorge Manrique por la muerte de su padre», en *Poesía cancioneril*, Clásicos Plaza & Janés (Biblioteca crítica de autores españoles), Barcelona, 1984, pág. 65.

44 ZUDÁN, Hilda, «La tumba», en *ibidem*, pág. 129. Con respecto a la infancia véase también «Días grises», en *ibidem*, pág. 75.

45 ZUDÁN, Hilda, «Las campanas», en *ibidem*, pág. 53.

mi corazón de aquellas dulces y divinas complacencias de mi primera infancia... »⁴⁶.

Aunque nuestra autora en alguna ocasión ha afirmado que es «imposible plasmar las impresiones de dolorosa decepción que embarga al ánimo»⁴⁷, creemos que es desde esa actitud contemplativa, desde su «claustro interior»⁴⁸, como ella misma lo calificara, desde el que se evidencia el efecto que la naturaleza y el tiempo causan en Hilda Zudán. A través de su escritura podemos, por tanto, acercarnos a su universo existencial y presagiar su propia muerte:

«La vida no se concibe en ese silencio absoluto que yo ansío. Acaso por eso muera en la vida porque morir es vivir sin encantos y sin contribuir al continuo mudar con los arpegios sonoros de una grande no desilusión».⁴⁹

De manera general, podemos concluir que si las crónicas de Hilda Zudán presentan un acierto y valor en sí mismas, éste es el de ofrecernos un registro discursivo, donde los hechos, los comentarios, las impresiones... se nos revelan como algo vivido y experimentado: discurso íntimo a medio camino entre la poesía y la prosa.

Acercarnos a la escritura de Hilda Zudán es, también, una forma de conocer algo más de su universo existencial. Tal vez, esto sea así, porque -parafraseando a Virginia

46 ZUDÁN, Hilda, «Literaria. ¡Silencio!», en *ibidem*, pág. 45.

47 ZUDÁN, Hilda, «Los campos mustios. De mi tierra», en *ibidem*, pág. 99.

48 ZUDÁN, Hilda, «La playa en la tarde», en *ibidem*, pág. 105.

49 ZUDÁN, Hilda, «Realidades. Flores serias», en *ibidem*, pág. 133.

Woolf⁵⁰- al penetrar en sus escritos estamos también traspasando las puertas de su *cuarto propio*. Pero dejemos que sea ella misma la que nos lo diga:

«Si abriese mi puerta te rodearían las tenebrosas sombras que en ella se alberga... y estos fantasmas intangib(l)es te llenarían de espanto(,) de terror y odiarías la vida. ¿Sabes quienes son esos fantasmas? Son mis delirios muertos, mis ilusiones perdidas, mi extinta risa alada y misteriosa que me impresionó alguna vez; éstos fantasmas son viajeros peregrinos, mi sed de caricias, mis poderosas ansías de primavera, mis muertas esperanzas, mis extintas ilusiones, mis dulces suspiros, mis ideales no comprendidos, mis deseos de ser buena, mi fé muerta como una flor deshojada... mis estremecimientos de amor».⁵¹

...Pero el enigma Mireya Suárez López está aún por resolver. Deseo, por tanto, que no deje de acosarme, perseguirme y presionarme... Eso espero.

50 WOOLF, Virginia, *Un cuarto propio*, Instituto Chileno Británico de Cultura/Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile, 1993.

51 ZUDÁN, Hilda, «Pequeños poemas. III Mi choza inhospitalaria» en *ibidem*, pág. 106.